



COMILLAS

UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Grado en Relaciones Internacionales

Trabajo Fin de Grado

¿Acciones diplomáticas o militares?

Las negociaciones internas de la
administración Kennedy en la crisis de
los misiles de Cuba

Estudiante: Violeta Lu Serrano Cadahía

Director: José Manuel Sáenz Rotko

Madrid, abril 2024

Resumen

La actuación de los líderes de las dos superpotencias durante los trece días en los que el mundo creyó embarcarse en una guerra nuclear sigue generando debate hoy en día, aunque ocurriera hace más de sesenta años. Este trabajo abordará el desarrollo de las negociaciones internas de Estados Unidos entre los miembros del gabinete de gobierno que estuvieron marcadas por dos visiones: la de Kennedy (diplomática y de contención) y la del mando militar (belligerante). Para comprender por qué había esta diferencia de posturas en el bando americano, examinaremos las distintas trayectorias y perfiles de las personas más influyentes en el gabinete de crisis. También, analizaremos las posturas de cada uno y las distintas propuestas que se plantearon, como la defendida por el general Curtis LeMay quien se inclinaba por un posible ataque aéreo estadounidense a Cuba para mandar el mensaje a la URSS de que EE. UU. estaba preparado para hacerles frente si fuera necesario. Asimismo, abordaremos cómo se decidió la solución final del conflicto, que como todos conocemos, fue la realización de una estrategia de contención mediante un bloqueo naval y manteniendo conversaciones extraoficiales con el líder soviético, Nikita Jrushchov, lo que posteriormente dio lugar a la creación del famoso teléfono rojo.

Palabras clave: John F. Kennedy, Estados Unidos, Guerra Fría, crisis de los misiles de Cuba 1962.

Abstract

The actions of the leaders of the two superpowers during the thirteen days in which the world thought it was embarking on a nuclear war continue to generate debate today, even though they occurred more than sixty years ago. This paper will look at the development of internal US negotiations between cabinet members that were marked by two visions: Kennedy's (diplomatic and containment) and the military command's (belligerent). To understand why there was this difference in positions on the American side, we will examine the different backgrounds and profiles of the most influential people in the crisis cabinet. We will also analyse the positions of each and the different proposals that were put forward, such as the one advocated by General Curtis LeMay, who favoured a possible US air attack on Cuba to send a message to the USSR that the US was prepared to confront them if necessary. We will also discuss how the final solution to the conflict was decided, which as we all know, was the implementation of a strategy of containment through a naval blockade and unofficial talks with Soviet leader Nikita Khrushchev, which later led to the creation of the famous red telephone.

Keywords: John F. Kennedy, United States of America, Cold War, Cuban nuclear missile crisis 1962.

Índice

Resumen	2
1. Introducción.....	4
1.1 Finalidad y motivos.....	4
1.2 Estado de la cuestión.....	5
1.3 Metodología	7
2. Antecedentes de la crisis de los misiles de Cuba.....	8
2.1 El comienzo de la Guerra Fría y la importancia de los misiles Júpiter y la Revolución Cubana.....	8
2.2 El fracaso de Bahía Cochinos y sus consecuencias	10
3. La visión política del gabinete de Kennedy.....	11
3.1 La evolución del pensamiento político de Kennedy	11
3.2 El perfil de los miembros del gabinete de Kennedy	15
4. La visión política del mando militar estadounidense	17
4.1 El mando militar estadounidense durante las presidencias de Truman y Eisenhower	17
4.2 El perfil del mando militar estadounidense	20
5. Discrepancias internas en la administración Kennedy	23
5.1 Las diferencias previas a la implementación de la cuarentena naval.....	23
5.2 Las diferencias tras optar por la implementación de la cuarentena naval.....	29
6. Conclusiones.....	34
7. Bibliografía.....	39

1. Introducción

1.1 Finalidad y motivos

Este estudio tiene como objetivo examinar los perfiles de las personalidades a cargo de tomar decisiones en la crisis de los misiles de Cuba en 1962 y cómo sus diferentes *backgrounds* pudieron influir en la adopción de posturas más beligerantes o diplomáticas al abordar el conflicto.

Desde una perspectiva personal, siempre me ha intrigado la figura de John F. Kennedy (JFK). Al contrario que muchos otros que se sienten más atraídos por el misterio que rodea a su trágica muerte o sus escándalos sentimentales, a mí siempre me han fascinado otros aspectos su vida, como su trayectoria de ser “el segundón” de la familia Kennedy, siempre a la sombra de su hermano mayor y sin contar con ambiciones políticas, a ser un líder y una figura aspiracional, igual que la proyección de vitalidad y juventud que transmitía a través de los medios, a pesar de las dolorosas y continuas enfermedades que padecía desde la infancia; aunque esta imagen lo ayudara a ganar el primer debate televisado entre candidatos presidenciales al vencer a Nixon; Kennedy era mucho más que una apariencia atractiva, sus acciones y decisiones dejaron una marca significativa y definieron una era. Alguno de sus logros más importantes fueron: la lucha por los Derechos Civiles en EE. UU.; el impulso a la carrera espacial, que culminó en la llegada del hombre a la luna en 1969; o su papel clave en la crisis de los misiles, que será analizado en este trabajo. Todas estas políticas lo consolidaron como un referente mundial (Barnes, 2009).

Sin embargo, cabe resaltar que detrás de Kennedy había otras personalidades que estuvieron detrás de los éxitos y fracasos de su presidencia. Por consiguiente, este estudio examinará algunas de estas figuras que desempeñaron un papel importante en la crisis de 1962. Entre ellas destacan Robert F. Kennedy (RFK), su hermano y fiscal general; Dean Rusk, en calidad de secretario de estado; Robert S. McNamara, ocupando el cargo de secretario de defensa; McGeorge Bundy, como consejero de Seguridad Nacional; o el general Maxwell D. Taylor, quien era el presidente de la Junta de jefes del estado mayor de los Estados Unidos (JFK Library, s. f.).

En conclusión, la finalidad de este estudio es comprender mejor la visión de JFK

y de sus consejeros durante el conflicto con la URSS; además de abordar las diferentes ideas y tácticas que se propusieron para resolverlo.

1.2 Estado de la cuestión

La Guerra Fría, y en concreto la crisis de 1962, ha sido objeto de estudio por numerosos historiadores y académicos debido a que marcó un punto de inflexión en el conflicto. No obstante, debido a la característica polarización ideológica entre los bloques Occidental y Oriental, en este periodo de la historia, los datos o conclusiones pueden variar dependiendo de la perspectiva del historiador. Es complicado obtener información imparcial, ya que suele estar sesgada hacia un bando u otro.

Del mismo modo, dado que se trata de un tema que afectaba a la Seguridad Nacional, el secretismo durante esos años era de suma importancia. En consecuencia, los primeros investigadores no disponían, o no querían presentar al público, la información completa de los verdaderos motivos que llevaron a EE. UU. y la URSS a llegar a un acuerdo para poner fin a la crisis hasta varios años después. Justo al concluir estos trece inciertos días se estableció en el imaginario colectivo, sobre todo de Occidente, la percepción de que los EE. UU. habían sido los claros vencedores. Se creía que los americanos habían conseguido doblegar las voluntades de la URSS, ya que habían conseguido su objetivo de dismantelar la instalación soviética con muy pocas concesiones.

Una de las obras más representativas de esta primera fase es *In time of crisis*, un artículo coescrito por el periodista Charles Bartlett y el analista político Stewart Alsop. Publicado en el *Saturday Evening Post* solo dos meses después de la crisis, relata los trece días de tensión durante la crisis de los misiles de Cuba. Aunque la información presentada está incompleta debido al nivel de secretismo de la época, el artículo se convirtió en un referente que influyó en la narrativa posterior, idealizando el liderazgo del presidente Kennedy. En él, JFK es retratado como un líder decidido y tranquilo, que, a pesar de enfrentarse a presiones extremas y decisiones de vida o muerte, nunca perdió su compostura ni su sentido del humor (Alsop, y Bartlett, 1962). Otras obras contemporáneas que siguen esta línea incluyen *A Thousand Days* de Arthur Schlesinger, y *Trece días de Bobby Kennedy*. Por un lado, Schlesinger, quien fue uno de los asesores especiales del presidente y ganador del Premio Pulitzer, en su libro elogia tanto los logros de la

administración como la figura del jefe del ejecutivo (Schlesinger, 1965). Por otro lado, *Trece días*, escrito por RFK, quien desempeñó un papel central en la gestión de la crisis, presenta una narrativa detallada pero selectiva de la crisis de los misiles de Cuba desde su propia perspectiva. A pesar de su implicación directa y de tener acceso completo a la información, Bobby decidió omitir detalles importantes, como los verdaderos motivos de su reunión con Dobrynin, el embajador soviético en EE. UU. en aquel momento (Des Roches, 2015; Kennedy, 1966).

No fue hasta mediados de la década de 1970 cuando se comenzaron a desclasificar archivos que revelaron que EE. UU., además de comprometerse públicamente a no invadir Cuba, había acordado en privado desmantelar los misiles Júpiter que había instalado en Turquía previamente. Estos artefactos eran una preocupación para Jrushchov debido a su proximidad a Moscú, de manera similar a cómo los misiles soviéticos en Cuba inquietaban a Washington por su cercanía a las costas de Florida. Aunque esta información se había intuido en los años posteriores, no fue confirmada hasta entonces. En esta segunda etapa de revisionismo, que Des Roches (2015) sitúa hasta un año después de la disolución de la URSS en 1991, se observa un reexamen crítico tanto de la figura del presidente Kennedy como de los logros que se le atribuyen durante la crisis.

Entre las publicaciones destacadas de esta etapa se encuentran *Robert Kennedy and his Times* de Arthur Schlesinger y *The Missiles of October* de Robert Smith Thompson. En su segunda obra, Schlesinger (1978) mantiene su lealtad hacia los Kennedy, pero ofrece un análisis más profundo de la crisis. El enfoque se centra en Bobby Kennedy, explorando en detalle las deliberaciones del Comité Ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional (EXCOMM) y los dilemas morales que enfrentaban, especialmente RFK, respecto a la decisión entre autorizar ataques aéreos u optar por una cuarentena. Adicionalmente, Schlesinger revisa y corrige su posición anterior sobre el intercambio de los misiles Júpiter. En cambio, Smith Thompson (1992), ofrece una reevaluación crítica de la figura del mandatario estadounidense durante la crisis. Contrario a la imagen de firmeza que proyectaba públicamente, Thompson revela que JFK enfrentaba una gran presión interna debido a la tensión del momento. Además, cuestiona la narrativa tradicional y concluye que el verdadero vencedor debería ser considerado Jrushchov, quien demostró mayor astucia en las negociaciones ya que logró su objetivo de retirar los misiles de Turquía (Des Roches, 2015).

Por último, con los años y sobre todo tras la caída de la URSS, se han obtenido más datos acerca de las negociaciones externas entre las administraciones de Kennedy y Jrushchov. Algunas de las obras más destacadas de este último periodo historiográfico han sido *One hell of a gamble* coescrito por Aleksandr Fursenko y Timothy Naftali, y *Una vida inacabada* de Robert Dallek. Fursenko y Naftali (1998) presentan una perspectiva diferente del conflicto, extendiendo el tradicional enfoque en la relación Kennedy-Jrushchov para incluir al líder cubano, Fidel Castro. Por su parte, Dallek (2004), en su exhaustiva biografía de Kennedy, proporciona una visión integral del personaje que nos permite entender mejor las razones detrás de sus decisiones y motivaciones.

Como señala Des Roches (2015), la literatura contemporánea sobre la crisis de los misiles de Cuba es la más extensa hasta la fecha, pero no está aún completa. La disponibilidad de nuevos materiales de investigación ha permitido una mejor comprensión del conflicto, destacando, por ejemplo, la importancia de Cuba. Este último período se beneficia del fin de la Guerra Fría y del acceso tanto a fuentes soviéticas como a testimonios de algunos de los miembros del EXCOMM, ofreciendo una visión más detallada del evento.

1.3 Metodología

Con el fin de alcanzar los objetivos de este estudio, se seguirá una metodología histórica. Primero se han recopilado y organizado fuentes primarias y secundarias, para contextualizar los eventos sucedidos durante el tiempo de estudio. Asimismo, se ha tenido en cuenta la existencia de diferentes tendencias en los datos adquiridos y se ha tratado de establecer la mayor objetividad posible. Por último, se ha buscado comprender las relaciones de causa y efecto al establecer conexiones entre la información obtenida para desarrollar nuestras conclusiones de la investigación.

Como hemos mencionado anteriormente, se emplearán tanto fuentes primarias como secundarias. Por un lado, los archivos estatales que recogen las transcripciones de los audios de las reuniones del EXCOMM, entre otros, nos aportarán información de primera mano sobre las negociaciones en el bando Occidental, ya que, se busca una mayor autenticidad para establecer qué intenciones tenía cada participante durante el conflicto y qué aconsejaron al presidente. Por otro lado, las secundarias nos ayudarán a contextualizar históricamente los eventos anteriores a la crisis de 1962, así como a

comprender en detalle los perfiles del gabinete Kennedy y del alto mando militar estadounidense mediante biografías o distintos artículos que proporcionen *insights* sobre el origen de su pensamiento.

Por consiguiente, el trabajo seguirá la siguiente estructura: se explicarán brevemente los antecedentes a la crisis de los misiles con el objetivo de entender el marco donde nos desenvolveremos y el nivel de tensión entre las dos superpotencias tras casi dos décadas. Posteriormente, se expondrán los dos enfoques en conflicto mediante la presentación de las personalidades más influyentes que componían el gabinete de Kennedy y el alto mando militar estadounidense y se analizarán sus perfiles para poder comprender mejor sus posturas; asimismo, se desarrollarán las diferentes propuestas y las discrepancias sobre cómo abordar la crisis. Y finalmente tras este análisis se estudiarán las consecuencias de la crisis de los misiles, así como la trascendencia de la gestión del conflicto en la presidencia de Kennedy y el impacto en la percepción colectiva sobre su figura.

2. Antecedentes de la crisis de los misiles de Cuba

2.1 El comienzo de la Guerra Fría y la importancia de los misiles Júpiter y la Revolución Cubana

El término “Guerra Fría” se remonta a la década de 1930 en Francia para describir los altos niveles de tensión entre las naciones europeas de la época. El concepto volvió a resurgir cuando varias personalidades lo utilizaron para describir las relaciones internacionales tras la caída del tercer Reich y la victoria de las potencias aliadas en el Pacífico. Por ejemplo, el escritor de títulos como *1984* o *Rebelión en la granja*, George Orwell, lo utilizó en su artículo titulado *You and the Atom Bomb* escrito tras los bombardeos a Hiroshima y Nagasaki. En dicho artículo analizó las implicaciones que podría tener para las futuras dinámicas entre los países la creación de un arma tan letal. Orwell creía que se establecería una “paz que no es paz” indefinida, ya que los estados se desalentarían a desencadenar guerras a gran escala (The Orwell Foundation, s.f.).

El inicio de la Guerra Fría se remonta a los desacuerdos y la desconfianza mutua entre EE. UU. y la URSS que ya empezaron a manifestarse en las conferencias de Yalta

y Potsdam, celebradas en febrero y julio/agosto de 1945 respectivamente. Las tensiones entre los antiguos miembros del bando aliado siguieron escalando y en marzo de 1946, Churchill pronunció por primera vez la metáfora del "telón de acero" para describir la división palpable en Europa, la fractura entre las potencias quedó expuesta. Este término hacía referencia a la creciente influencia comunista en los territorios que había ocupado el Ejército Rojo durante los años de la guerra (Kissinger, 1995). Como consecuencia de esto, en 1947 el presidente estadounidense, Harry S. Truman, comenzó la Doctrina Truman y un año más tarde el Plan Marshall. Mientras que la primera tuvo como objetivo inicial ayudar a Grecia y Turquía (aunque luego acabaría ampliándose a nivel global) de caer bajo la esfera de influencia soviética mediante distintos tipos de asistencia; la segunda, consistió en un plan de ayuda financiera para ayudar a la reconstrucción de la economía europea tras la guerra. Ambas políticas tenían como objetivo frenar la expansión del comunismo (Delage, 1997).

El orden mundial durante los años de la Guerra Fría quedó configurado de la siguiente manera: por un lado, EE. UU. encabezando el bloque occidental o capitalista; y por el otro, el bloque oriental o comunista bajo el mando de la URSS.

La carrera armamentística fue una característica crucial de la Guerra Fría, destacando el desarrollo de armamento nuclear, una de las razones principales por las que se dio la crisis de los misiles. EE. UU. ya poseía esta tecnología desde 1945 debido al exitoso resultado del Proyecto Manhattan, el cual había iniciado bajo la presidencia de Roosevelt durante la Segunda Guerra Mundial. Este proyecto, dirigido por el físico Robert Oppenheimer, culminó con la creación y utilización de la bomba atómica, ya durante la administración de Truman. Los efectos de esta nueva arma eran los más letales que se habían visto hasta la fecha, como se pudo comprobar en los bombardeos a Hiroshima y Nagasaki, por lo que ser poseedor de esta era esencial para los soviéticos para poder hacer frente a los EE. UU. La Unión Soviética había empezado su programa nuclear en 1943, pero no fue hasta 1949 que logró desarrollar su propia bomba atómica (Álvarez Calzada, 2005). Una vez que ambas superpotencias contaron con armas similares en cuanto a mortalidad, la rivalidad entre las dos siguió escalando. Cada una se esforzaba por superar a la otra en cantidad y capacidad destructiva de su arsenal como estrategia para disuadir al contrario de atacar, o si fuera el caso, para responder con un segundo ataque mucho mayor al primero recibido. Para 1962, el año de la crisis de los misiles, tanto EE. UU. como la URSS tenían el armamento suficiente para destruirse el

uno al otro y al mundo entero.

Por otra parte, un hecho que jugó un papel importante en la crisis de 1962 es la instalación, un año antes, de los misiles Júpiter en Turquía, los cuales tenían un alcance medio. La presencia de estos misiles estadounidenses en suelo turco tenía dos visiones muy diferentes: por una parte, para los norteamericanos suponía una estrategia de contención y disuasión de cualquier ataque soviético; y por la otra parte, los rusos veían este hecho como una provocación y una amenaza directa (Sandoval y Soler 2007).

Otro antecedente relevante fue la llegada al poder de Fidel Castro en 1959, quien había conseguido derrocar al régimen de Fulgencio Batista tras la revolución cubana. Castro en inicio no mostró su movimiento como comunista, si no como nacionalista y democrático, ya que según él, su objetivo no era otro que derrocar a quien había en 1952 tomado el poder mediante un golpe de estado. La llegada de Castro al poder no fue del gusto de la Casa Blanca por varios motivos; por un lado, el régimen de Batista era afín a los intereses estadounidenses, y por otro, las acciones del nuevo gobierno, como la nacionalización de empresas en manos de empresarios americanos, contravenían esos intereses. EE. UU. respondió a dichas nacionalizaciones imponiendo a la isla una serie de sanciones económicas, que más tarde derivarían en el embargo comercial que continúa hasta nuestros días. Castro a su vez empezó a buscar otros socios, lo que supuso que cada vez más se acercara a la URSS. El tener a un país comunista y aliado de la URSS tan cerca de sus costas asustó en gran medida a EE. UU., por lo que las tensiones entre ambos países no iban más que en aumento (Rodríguez y Targ, 2015; Moore, 1966).

Esta mala relación y desconfianza con el régimen de Castro hizo que la CIA, la Agencia Central de Inteligencia estadounidense intentara derrocarlo en más de una ocasión.

2.2 El fracaso de Bahía Cochinos y sus consecuencias

El fin de la operación de Bahía Cochinos fue intentar derrocar a Castro, esta fue concebida bajo la administración Eisenhower. Kennedy desde un inicio no estaba seguro de la operación y quiso tomarse su tiempo para estudiarla detenidamente; no obstante, tras la presión de la CIA y de los jefes del estado mayor acabó dando luz verde al proyecto prematuramente (Vandenbroucke, 1984). Iniciada en abril de 1961, la estrategia consistía en una invasión liderada por exiliados cubanos financiados y entrenados por la CIA, con

la esperanza de que el pueblo cubano se levantara en apoyo y lograra derrocar al régimen. La misión resultó ser un desastre y EE. UU. fue rápidamente señalado como responsable del ataque. La relación entre Washington y la Habana estaba tan deteriorada tras la fallida invasión que esta se materializó en el alineamiento definitivo de esta última con el bloque soviético (Moore, 1966).

Las consecuencias internas que tuvo el fracaso en Bahía Cochinos fue la desconfianza de Kennedy hacia la CIA, a quienes consideraba los culpables, y hacia los jefes de estado mayor, ya que pensaba que estos no le habían dado su verdadera opinión sobre la invasión, apartó a ambos de la toma de decisiones y en su lugar dio más importancia al Consejo de Seguridad Nacional (NSC, por sus siglas en inglés) liderado por Bundy (Preston, 2001).

Tras este contexto, llegamos a octubre de 1962, fecha en donde se produce la crisis de los misiles de Cuba, que se considera que fue el punto álgido de la Guerra Fría. Este se desencadenó tras el descubrimiento estadounidenses de la instalación de unos misiles de alcance medio soviéticos en la isla de Cuba. Dichos misiles al encontrarse tan próximos a las costas americanas alertaron a las autoridades de la Casa Blanca, ya que consideraban que suponían una grave amenaza a la Seguridad Nacional. La crisis comenzó el martes 16 de octubre de 1962, cuando le notificaron al presidente que los aviones espía U-2 que sobre volaban Cuba había fotografiado el montaje de unos misiles. La delicada balanza de poder que existía entre ambas superpotencias estaba a punto de desestabilizarse y el triángulo entre Washington – Moscú - La Habana pudo iniciar un enfrentamiento a gran escala (Medland, 1990).

3. La visión política del gabinete de Kennedy

3.1 La evolución del pensamiento político de Kennedy

Autores como McAndrew (1998), señalan que el pensamiento político de John F. Kennedy podría definirse como una mezcla entre liberalismo y pragmatismo. Kennedy abogaba por la democracia, la libertad, y la lucha contra el comunismo, siendo Alianza para el Progreso un ejemplo de sus políticas. No obstante, no se desprendía de ese lado realista y práctico a la hora de abordar los conflictos. Para comprender mejor el

razonamiento detrás este pensamiento, es fundamental analizar su evolución personal y política.

Nacido en Brookline, Massachusetts, en 1917, y con raíces irlandesas, Kennedy creció en el seno de una familia sumamente acomodada. Su padre, Joseph P. Kennedy, había logrado acumular una considerable fortuna y poder en Wall Street y Hollywood. A pesar de vivir en un entorno privilegiado, su infancia estuvo marcada por sus continuos problemas de salud que lo mantuvieron en cama buena parte de su tiempo. Durante esos tiempos, desarrolló un interés especial por la lectura y la historia, una pasión que lo acompañó a lo largo de toda su vida. Siendo el segundo hermano de una familia de nueve hijos (cuatro varones y cinco mujeres) no creció sometido a las mismas expectativas que su hermano mayor Joe Kennedy Jr., a quien su padre designaba como “el chico de oro” y estaba destinado a liderar el legado familiar. En cambio, Jack – como su familia lo apodaba cariñosamente - disfrutó de mayor libertad y pudo mantenerse en un segundo plano (Dallek, 2018).

Inicialmente cuando JFK cumplió la mayoría de edad en 1935 y tuvo que decidir a qué universidad asistiría, quiso por decisión propia – y quizás como acto de rebeldía - inscribirse en la Universidad de Princeton en vez de continuar con la tradición familiar de asistir a Harvard, al igual que habían hecho su padre y su hermano mayor. Sin embargo, su estancia en esta universidad fue breve, limitándose solamente a seis meses, debido a una enfermedad estomacal (Princeton University, 2010). Después de tomarse un año sabático para recuperarse, Kennedy accedió a los deseos de su padre y finalmente se matriculó en Harvard. Fue aceptado en esta prestigiosa institución a pesar de no haber destacado especialmente en los anteriores estudios, ni haber presentado una carta de motivación sobresaliente. En 1936 comenzaría con la licenciatura de gobierno en la especialidad de Asuntos Internacionales. Kennedy compensaba no ser el más brillante, académicamente hablando, con su carisma innato que siempre le había caracterizado. Esta cualidad le ayudó a ser aceptado en *Spee*, un selecto club social que históricamente nunca había permitido ser miembro a ningún católico de ascendencia irlandesa. Este hecho representó un significativo hito personal para Kennedy, puesto que le brindó la oportunidad de conseguir una de las pocas cosas que ni su talentoso hermano mayor ni su exigente padre habían podido lograr.

El verano después de su primer año efectivo de universidad, JFK se embarcó junto

con su amigo de la infancia, Lem Billings, en un viaje de dos meses por Europa. En ese viaje es donde afirma Hamilton (1993) que Kennedy empezó a desarrollar su propio pensamiento político, alejado de la influencia familiar, al poder ver de primera mano los hechos que estaban aconteciendo en esa época. Tuvo la oportunidad de entrevistar a refugiados españoles que huían de la Guerra Civil, viajar por toda Italia hasta Roma y observar cómo iba creciendo la popularidad de Mussolini, y además visitó la Alemania nazi, entre otros países centroeuropeos. Pocos meses después de este viaje, el presidente Roosevelt nombró a su padre embajador estadounidense en Inglaterra, cargo que desempeñó desde 1938 hasta 1941. Durante estos años, sus inclinaciones hacia el aislacionismo y su apoyo al primer ministro británico, Neville Chamberlain, en sus políticas de apaciguamiento fueron objeto de duras críticas. Este pensamiento también influyó en el de sus dos hijos mayores, el primero le seguía con una pasión ciega; mientras que JFK, el segundo, aunque le apoyara, también manifestaba una mayor reflexión y crítica respecto a los hechos que acontecían. Esto último se puede manifestar en artículos escritos para el periódico de la universidad, *The Harvard Crimson*, como *Peace on our time*, el cual se le atribuye su autoría. Todo esto le llevó a pedirle a Chester Hanford, quien fuera uno de sus profesores y decano de Harvard, si podía pasar los siguientes meses trabajando en la embajada en Londres con el fin de investigar y desarrollar su tesis (*The Harvard Crimson*, s.f.).

Aceptaron su propuesta y en febrero del 1939, unos meses antes del estallido de la guerra, volvió a Europa. Este periodo enriqueció su conocimiento y comprensión por las complejidades de la política exterior y las relaciones internacionales, gracias a sus viajes a Alemania, Jerusalén e incluso a la URSS. Finalizó sus estudios universitarios en 1940 presentando su tesis titulada *Appeasement at Munich: The Inevitable Result of the Slowness of Conversion of the British Democracy to Change from a Disarmament Policy to a Rearmament Policy*. Originalmente se concibió para que fuera de carácter privado; sin embargo, finalmente fue publicada bajo el nombre *Why England slept*. En este libro, Kennedy criticó la falta de preparación que tenía Inglaterra para la guerra, atribuyéndola en parte a las políticas de apaciguamiento que había adoptado previamente. Podemos observar que estaba madurando y alejándose del pensamiento político de su padre. No obstante, no sugiere que ningún individuo específicamente sea el responsable, en cambio concluye que la culpa había sido conjunta entre el Parlamento, la prensa, y el público británico, entre otros (Shaw, 2020). Estos primeros signos públicos del pensamiento

político de Kennedy pueden explicar por qué más tarde Kennedy en sus años como presidente decidió optar por una política de contención activa frente a la URSS, alejándose del aislacionismo (Hamilton, 1993).

A raíz del ataque japonés a la base militar de Pearl Harbor, Kennedy como muchos otros jóvenes estadounidenses decidió alistarse en el ejército para combatir en la guerra. Fue en el Pacífico donde se convirtió en un héroe, rescatando a sus compañeros tras el impacto de un torpedo; sin embargo, la vuelta a casa no fue la esperada. Su hermano mayor murió en combate, por lo que, a ojos de su padre era a él a quien le tocaba asumir las expectativas puestas en Joe Jr. JFK, por lo que si en un primero momento había considerado dedicarse al periodismo, se vio forzado a iniciar su carrera política (Dallek, 2018).

En 1946, se postuló como candidato a representante por el distrito once de Massachusetts en la Cámara Baja del Congreso de EE. UU. Tras ganar las elecciones, asumió el cargo un año después, y lo mantendría durante los siguientes seis años. Como señala Stern (1989) hasta esa fecha Kennedy no se consideraba un liberal, pero tener que representar a uno de los distritos más pobres de su estado lo llevó a adoptar dicha postura. Esta primera etapa le ayudaría a ganar experiencia en política, aunque no aportó grandes contribuciones en materia de política exterior, su verdadero interés. Se limitó a apoyar la ayuda económica del Plan Marshall y a criticar la gestión de la administración Truman por la victoria comunista en China. Además, como sugiere Renee Hackworth (2013), Kennedy vio su paso por el Congreso como un mero trámite para pasar a puestos más importantes como el Senado.

En 1953 consiguió su asiento en la Cámara Alta gracias, entre otros, a la ayuda de su hermano Robert – Bobby – Kennedy, quien dirigió su campaña electoral. Como senador, Kennedy, pudo intervenir en más aspectos de política exterior en donde muestra cuál era su visión política. Por ejemplo, se pudo ver su lado pragmático al posicionarse abiertamente en contra de dar ayuda para apoyar al régimen de Bao Dai en Vietnam, estrechamente relacionado con Francia, no porque estuviera a favor del bando comunista liderado por Ho Chi Min, si no porque lo consideraba una causa perdida al no contar con los apoyos necesarios dentro de Vietnam. Kennedy conocía bien la situación en el sudeste asiático debido a un viaje de varias semanas que había realizado por la zona. Cabe recalcar que en esta etapa sufrió de un grave problema de salud que lo mantuvo alejado del Senado

varios meses. A pesar de esto, JFK aprovechó esa fase de convalecencia para publicar en 1955 su segundo libro, *Profiles in Courage*, que fue galardonado con el premio Pulitzer y le otorgó visibilidad a nivel nacional (Stephanson, 2014).

Como conclusión, podemos observar que el Kennedy, idealista y pragmático, que llegó a la Casa Blanca en enero de 1961, es una síntesis de todas sus experiencias de vida. Desde el niño privilegiado y enfermo de su infancia, pasando por el joven curioso y con una pizca de rebeldía de sus años universitarios, hasta el adulto que había pasado por las dos cámaras del Congreso y que había tenido que velar por las necesidades de sus votantes, muy alejadas de su propia realidad vivida.

3.2 El perfil de los miembros del gabinete de Kennedy

Pfiffner (2005) en su artículo, señala la división de enfoques para la organización de la Casa Blanca según Richard Tanner Johnson. Este último en su libro *Managing the White House*, afirma que la administración Kennedy seguía un estilo organizativo “colegial”, es decir, se apoyaba en el consenso y el debate de sus asesores más cercanos, que tenían acceso directo a él. Por esta razón, y tras comprender la formación y el pensamiento político de JFK, resulta imprescindible para el avance de este estudio identificar a los asesores y colaboradores clave de su gabinete de gobierno durante la crisis de los misiles.

En este apartado nos centraremos en las figuras señaladas con anterioridad: Robert Kennedy, Dean Rusk, Robert McNamara, y McGeorge Bundy.

Robert F. Kennedy, fue séptimo hijo (y tercer varón) del matrimonio entre Joseph Kennedy y Rose Fitzgerald, esta posición dentro de la familia influyó profundamente en su personalidad. Una de las razones por las que Bobby era muy competitivo es que siempre tuvo que luchar por la atención y aprobación paterna, ya que este solo se enfocaba en sus hijos mayores. Otra consecuencia de esto fue el gran vínculo que desarrolló con su madre Rose, lo que le hizo ser el más devoto de sus hermanos, que muchas veces le tachaban de moralista. Tenía fuertes convicciones sobre el bien y el mal, por lo que era muy testarudo y de ideas fijas. Obtuvo el grado de ciencias políticas por la universidad de Harvard y posteriormente el título de derecho por la Universidad de Virginia. Aunque no habían tenido él y JFK una estrecha relación mientras crecían, ya que Bobby era ocho años menor que él, a raíz de la campaña al Senado de su hermano esto cambió. El padre

de ambos obligó a John a que pusiera a RFK al mando de la organización y dirección y tras el éxito de esta los dos hermanos se volvieron cada vez más cercanos, tanto en lo personal como en lo profesional. Durante la época de JFK como senador, ambos participaron en el *Rackets Committee*, que investigaba la corrupción en los sindicatos y el crimen organizado. Tras ganar las elecciones presidenciales del 60, JFK lo nombró fiscal general, a petición de su padre, ya que RFK tampoco se consideraba listo para asumir la posición. Este hecho fue criticado por la falta de experiencia de Robert y se le acusó a Kennedy de nepotista (Schlesinger, 1978; Chandler, 2017).

Por otro lado, Kennedy apuntó como secretario de estado a Dean Rusk. Este anteriormente había trabajado para el ex-secretario de estado, Dean Acheson, y para el ex-secretario de defensa, George Marshall, en proyectos como la fundación de la OTAN, el Plan Marshall y el puente aéreo a Berlín, entre otros. Kennedy depositaba una gran confianza en la opinión de Rusk, quien era considerado en Washington la tercera figura más influyente, solo superado por los hermanos Kennedy. Cuando el presidente le nominó para el cargo, le aseguró que sería su mayor consejero en términos de política exterior y quien dictaría la mayoría de las recomendaciones a seguir (Sorensen, 1987). Además, era partidario de la negociación para la resolución de conflictos, Rusk, como menciona Schoenbaum (1996), era un firme defensor del derecho internacional, sostenía que los países tenían que aceptarlo para obtener la paz mundial.

Robert McNamara también se incorporó a la administración Kennedy, en enero de 1961, ocupando el cargo de secretario de defensa. Tenía un pensamiento lógico y analítico, por lo que daba mucha importancia a los datos y a los números. Antes de asumir el cargo, había logrado convertirse en el primer presidente de la compañía Ford Motors ajeno a la familia Ford, lo que evidencia su habilidad de gestión. Asimismo, tenía tanto un perfil académico como militar, aparte de ser un hombre de negocios, había sido profesor en Harvard durante un tiempo y había formado parte del ejército del aire durante la Segunda Guerra Mundial y trabajado junto al general Curtis LeMay. Autores como Scoblic (2009) y Carland (2021) coinciden describiendo a McNamara como un racionalista y un defensor de la “teoría de la guerra limitada”. Defendía que los militares deberían verse como actores secundarios y no tendrían que intervenir en las decisiones políticas. Además, abogaba por el uso controlado de la fuerza militar para lograr objetivos específicos, para evitar incurrir en costes innecesarios, tanto humanos como económicos. Su relación con JFK no se basaba solamente en ser su asesor de defensa, si no que iba

más allá, lo que le benefició para obtener más influencia en Washington.

Por último, McGeorge Bundy, quien fuera el consejero de seguridad nacional de Kennedy, tenía un perfil académico. Se graduó en Yale y en la facultad de derecho de Harvard, fue profesor en dicha universidad y llegó a ocupar el puesto de decano de la facultad de Artes y Ciencias durante siete años. También, anterior a la administración Kennedy había servido como asistente del secretario de estado y especial asistente del secretario de guerra Stimson (Kaysen, 1998). A pesar de la posición de consejero de seguridad nacional en las dos administraciones anteriores, de Truman y Eisenhower, no había tenido un rol activo en la formulación de políticas; sin embargo, con la llegada de Kennedy y Bundy a la Casa Blanca esto cambió. (Preston, 2001). JFK involucraba tanto a Bundy y a RFK en política exterior que en ocasiones llegaba a incomodar a Rusk, quien le sugería a Kennedy que “había mucha gente en la sala” para hablar sobre el tema (Sorensen, 1987). No obstante, Bundy sabía que sus responsabilidades eran informar de la manera más detallada al presidente para que este pudiera tomar las decisiones con el mayor acierto posible.

Tras analizar estos cuatro perfiles podemos concluir que Kennedy formó su gabinete con intelectuales que habían recibido una educación similar a la suya, asistiendo a las universidades más prestigiosas de EE. UU. (Aron, 1987). Tener a ese tipo de perfil más académico durante las reuniones del EXCOMM durante la crisis de los misiles, fue fundamental para que el presidente pudiera abordar la crisis.

4. La visión política del mando militar estadounidense

4.1 El mando militar estadounidense durante las presidencias de Truman y Eisenhower

Durante los años de la Segunda Guerra Mundial, el alto mando militar de EE. UU. tuvo una influencia considerable en la esfera política, afectando aspectos como los presupuestos gubernamentales (Nix, 2012). No obstante, como señala Huntington (1963), tras el final de la guerra, esta influencia política comenzó a disminuir progresivamente en las administraciones presidenciales posteriores al conflicto. Por lo tanto, este segmento se centrará en analizar cómo evolucionó la participación del complejo militar

estadounidense en la creación de políticas a lo largo de los mandatos de Truman y Eisenhower, así como la situación que heredó Kennedy al asumir la presidencia a principios de la década de 1960.

A lo largo de la presidencia de Truman, que se extendió desde 1945 hasta 1953, la influencia militar en la política mostró notables contradicciones. Por ejemplo, uno de los eventos que ejemplifica la tensión entre el mando militar y la administración civil es la decisión Truman de destituir al general MacArthur, quien había sido uno de los grandes militares aliados de la Segunda Guerra Mundial, durante la Guerra de Corea (1950–1953). Esta decisión de cesar a MacArthur se debe en parte a sus diferentes visiones tácticas sobre cómo llevar a cabo la guerra y a la insubordinación que mostró el general. Como apuntan Johnson y Metz (1995), MacArthur sostenía que Truman, al no ser militar, carecía de la capacidad para formular una política bélica efectiva, mientras que Truman argumentaba que MacArthur no comprendía las consecuencias políticas de una guerra. Además, Richardson (2021) añade que MacArthur quería expandir la guerra hacia la China continental y hacer uso de las armas nucleares si fuera necesario, pero tras la negativa de Truman, este en vez de acatar las órdenes de su superior, comenzó a expresar abiertamente en público sus desavenencias con el presidente, lo que finalmente provocó que el Congreso lo cesara en abril de 1951.

En 1947, Truman promulgó la Ley de Seguridad Nacional, en un esfuerzo por reestructurar y mejorar la eficiencia del aparato de seguridad de EE. UU. Esta nueva norma marcó un punto de inflexión, estableciendo varias reformas claves y la creación de instituciones fundamentales, tales como el Establecimiento Militar Nacional, la CIA y el Consejo de Seguridad Nacional (CSN). (LeCuyer, 2012). Posteriormente, en 1949, se realizaron enmiendas significativas que transformaron el Establecimiento Militar Nacional en el Departamento de Defensa, otorgando al secretario de defensa autoridad superior sobre los departamentos de servicios individuales (ejército, marina y fuerza aérea). Estas modificaciones reforzaron la posición del secretario de defensa como el principal asesor militar del presidente y consolidaron su autoridad ejecutiva frente a los jefes del ejército, la marina y la fuerza aérea que quedaron subordinados a él. El papel que ejercería el estado mayor Conjunto (JCS, por sus siglas en inglés), quedó consolidado, se encargaría de asesorar al secretario de defensa, al CSN y al presidente en materias de estrategia y seguridad militar (Stuart y Marcella, 2008). Por otra parte, el CSN se configuró como un órgano de asesoramiento, centrado en la integración de políticas de

seguridad nacional internas, externas y militares, promoviendo una cooperación más eficaz entre los servicios militares y otros departamentos y agencias gubernamentales en asuntos de seguridad nacional. (Ries, 2016)

A pesar de que la influencia militar en la política se redujo, los militares seguían siendo considerados para ocupar puestos de liderazgo civil, como el de ministro de defensa. Según Huntington (1963), la inclusión de figuras militares en estas posiciones clave se debía a la necesidad de Truman de asegurar el apoyo del Congreso y el favor público, aprovechando el estatus de héroes nacionales que estos líderes habían adquirido. Por ello, designó al general Marshall, en honor a su contribución crucial durante la guerra, primero como secretario de Estado entre 1947 y 1949, y luego como secretario de defensa de 1950 a 1951. Asimismo, en 1959, nombró al general Dwight D. Eisenhower como su principal asesor militar y presidente del JCS. Estas acciones demuestran cómo Truman integró a figuras militares destacadas en su administración, aun cuando la influencia directa del militarismo en la política parecía menguar (Hoxie, 1983).

Con la victoria del general Eisenhower representando al Partido Republicano en las elecciones presidenciales de 1952, se inauguró una nueva era en la Casa Blanca, marcando el fin de dos décadas de dominio demócrata. La ascensión de un líder militar como Eisenhower al Despacho Oval podría interpretarse, a simple vista, como un avance del poder militar, sugiriendo que las fuerzas armadas finalmente habían asegurado la influencia política que habían estado perdiendo desde el final de la guerra. Sin embargo, este dato resulta paradójico (Huntington, 1963; Hoxie, 1983). Eisenhower al haber ocupado cargos como comandante Aliado Supremo en Europa durante la Segunda Guerra Mundial, presidente de la universidad de Columbia y primer comandante Supremo Aliado de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), contaba con tal respeto y autoridad entre sus contemporáneos que ningún otro militar se atrevía a desafiarlo, lo que resultaba una restricción del poder de la alta jerarquía militar, en vez de su expansión.

Asimismo, el prestigio de Eisenhower era tan elevado que, a diferencia de su predecesor, no se vio obligado a asignar figuras militares destacadas a cargos normalmente reservados para civiles. Un ejemplo notable es el nombramiento como ministro de defensa a Charles E. Wilson quien fue un exitoso hombre de negocios. Fue Wilson quien propuso el recorte en el gasto militar, que se tradujo en una reducción de 3 billones de dólares en cinco años. Esta acción fue muy criticada por parte de militares de

alto rango como el general Ridgway o el general Maxwell D. Taylor que consideraban que no se estaban dando los recursos necesarios al ejército (Historical Office, s. f.).

John Foster Dulles, quien fue el secretario de estado durante la presidencia de Eisenhower, diseñó la estrategia de represalia masiva que era una doctrina de disuasión. Esta hacía énfasis en el uso de las armas nucleares en vez de las convencionales con el fin de asegurar la respuesta estadounidense ante una agresión soviética en cualquier lugar del mundo (Crowl, 1975).

Además, en su discurso de despedida en 1961, Eisenhower acuñó la expresión “complejo militar-industrial”. Este se refería a la relación entre el país, el gobierno y la industria de defensa (Dunne y Sköns, 2009). A pesar de reconocer la importancia de mantener unas fuerzas armadas preparadas, fuertes y organizadas para disuadir a la URSS de cualquier agresión, Eisenhower (1961) en esta parte de su discurso de despedida alertó sobre los riesgos que conllevaba la influencia militar en la toma de decisiones políticas:

In the councils of government, we must guard against the acquisition of unwarranted influence, whether sought or unsought, by the military-industrial complex. The potential for the disastrous rise of misplaced power exists and will persist.

We must never let the weight of this combination endanger our liberties or democratic processes. We should take nothing for granted. Only an alert and knowledgeable citizenry can compel the proper meshing of the huge industrial and military machinery of defense with our peaceful methods and goals, so that security and liberty may prosper together. (PÁGINA?)

El problema que supone esto es que conduce a tomar decisiones que solo sirve a los intereses de la coalición y no a la seguridad nacional (Dunne y Sköns, 2009).

Por último, otro aspecto que destacan autores como Huntington (1993) y Janiewski (2011) es la preocupación de Eisenhower respecto a si su inexperto sucesor sería capaz de manejar las ambiciones del alto mando militar.

4.2 El perfil del mando militar estadounidense

Tras examinar la influencia del liderazgo militar estadounidense bajo las presidencias de Truman y Eisenhower, y de analizar el equipo de Kennedy, este apartado

se enfocará en destacar a los principales comandantes militares de la época. A pesar de que había transcurrido poco más de un año desde la toma de posesión de Kennedy en enero de 1961 hasta la crisis de los misiles en octubre de 1962, la composición del JCS experimentó una notable renovación. La renovación del JCS obedeció a una legislación que establecía mandatos de dos años. Tras el fracaso en Bahía de Cochinos, Kennedy se volvió escéptico respecto a las recomendaciones de los integrantes más conservadores del JCS, motivo por el cual decidió no extender el periodo de varios de sus miembros (Poole, 2011).

Las personalidades clave identificadas son el general Maxwell D. Taylor, como presidente del JCS; el almirante George W. Anderson, como jefe de operaciones navales; y el general Curtis E. LeMay, como jefe de la fuerza aérea.

En julio de 1961, Kennedy nombró al general retirado Maxwell D. Taylor como su asesor militar, encargándole proporcionar asesoramiento en inteligencia y estrategia dentro del marco de la Guerra Fría, según indica Jones (2012). Además, al concluir el periodo de dos años del general Lyman L. Lemnitzer, y debido a la desconfianza generada por sus fallidas garantías sobre el éxito de la invasión, Kennedy decidió no renovar su mandato, eligiendo en su lugar a Taylor como presidente del JCS. Una de las primeras tareas que le asignó en este nuevo puesto fue investigar las causas del fracaso de la operación y el nivel de implicación de organizaciones como la CIA o el JCS (Preston, 2001). El enfoque de Taylor estaba más en línea con la visión de la administración Kennedy, ambos partidarios de una estrategia de “respuesta flexible” en contraste con la doctrina de represalia masiva promovida por su antecesor. Esta visión proponía que EE. UU. adoptara una estrategia equilibrada, abarcando todo el espectro de opciones militares, desde acciones convencionales hasta la disuasión nuclear, lo que permitiría a EE. UU. una respuesta más detallada y adaptada a diferentes situaciones (Witteried, 1972). Taylor había abogado por esta aproximación desde 1955, cuando fue designado jefe del estado mayor del ejército de tierra, además, durante sus años en el cargo mostró su disconformidad con la estrategia militar predominante, impulsando la modernización de las fuerzas armadas. A pesar de retirarse en 1959, continuó expresando su crítica hacia la dependencia de la represalia masiva y, un año más tarde, publicó *The Uncertain Trumpet*, en donde argumentaba en contra de la excesiva inclinación hacia las armas nucleares que restringía la flexibilidad estadounidense en conflictos menores y situaciones que no justificaban el uso de armas nucleares. Además de sus cuatro décadas de carrera militar,

Taylor era reconocido por su diversidad de talentos, por ejemplo, dominaba cinco idiomas y entendía otros dos, lo cual le había permitido enseñar en el ejército y servir en destinos internacionales como China, Japón, Europa y América Latina. Asimismo, había participado en importantes misiones, incluyendo el desembarco de Normandía durante la Segunda Guerra Mundial y tuvo roles importantes en el Berlín de la posguerra y en la Corea en conflicto (Clark, 1990).

En agosto de 1961, el almirante George W. Anderson ascendió a la posición de jefe de Operaciones Navales. Antes de asumir este nuevo cargo, había comandado la Sexta Flota en el Mediterráneo, denominación de la fuerza naval estadounidense destacada en esa región. Anderson también contaba con una larga trayectoria militar, al igual que el general Maxwell D. Taylor, había comenzado su carrera hacía cuatro décadas. A diferencia de Taylor, Anderson comenzó su trayectoria en la academia naval, y terminó especializándose en aviación naval (Poole, 2011). Su carrera no solo lo consolidó como un líder naval excepcional, sino también como un aviador distinguido, participando en operaciones en diversos portaaviones, incluido el USS Yorktown. Anderson se hizo notar tanto en el campo de batalla como en la planificación estratégica y operativa. Por su sobresaliente servicio durante la Segunda Guerra Mundial, recibió distinciones de alto calibre, incluyendo la Legión al Mérito y la Medalla de Estrella de Bronce (Naval History and Heritage Command, 2016).

Por último, el general Curtis E. LeMay tomó el mando como jefe de la Fuerza Aérea de EE. UU. en 1961, sucediendo al general White tras su retiro. Para entonces, LeMay ya había establecido una “reputación única”, tal como menciona Poole (2001), siendo reconocido por su franqueza y directa manera de expresarse entre sus compañeros y contemporáneos, y convirtiéndose en un símbolo de la fuerza aérea, en gran parte gracias a sus notables aportes durante la Segunda Guerra Mundial. Durante su servicio en Europa, LeMay estuvo al frente de los bombardeos sobre Alemania y, tras su traslado al Pacífico, asumió la responsabilidad sobre las operaciones en Japón, donde implementó un cambio crucial en la táctica de bombardeo. Decidió reducir la altitud de los ataques, optando por bombardeos incendiarios sobre las ciudades japonesas desde una altura más baja, una maniobra que se demostró tremendamente efectiva para las fuerzas estadounidenses (Clapson, 2019; Holland, 1992). Con una vasta experiencia en coordinar ataques aéreos, LeMay, al finalizar la guerra, fue designado líder del Mando Aéreo Estratégico. Esta unidad de la fuerza aérea, encargada de manejar los bombarderos de

largo alcance y misiles balísticos, jugaba un papel fundamental en la política de disuasión nuclear del país (Absher, 2009; Carter, 1998).

Una vez analizados estos tres perfiles, observamos que Kennedy jugó un papel muy importante en la renovación y la selección cuidadosa de los líderes militares estadounidenses que estuvieran a su lado. No obstante, similar a lo sucedido en administraciones anteriores, persistieron los desacuerdos entre el JCS y los asesores civiles del presidente. De los tres, Kennedy mantuvo una relación más sólida únicamente con Taylor, mientras que sus vínculos con Anderson y LeMay fueron notablemente más tensos, considerando incluso la posibilidad de reemplazarlos.

5. Discrepancias internas en la administración Kennedy

5.1 Las diferencias previas a la implementación de la cuarentena naval

Weaver (2014) indica que, a pesar de las sospechas anteriores sobre la actividad soviética en Cuba, evidenciadas por la detección de técnicos soviéticos en la isla durante los dos meses previos, la confirmación de que Cuba se había establecido como una base de misiles soviéticos sorprendió a la administración Kennedy (Brenner, 1990).

El 16 de octubre de 1962, Bundy informó a Kennedy sobre el hallazgo de misiles soviéticos en Cuba, dando inicio a la crisis que se extendería durante los siguientes trece días, concluyendo el 28 de octubre. A pesar de la grave situación, en un inicio se optó por no alterar la agenda presidencial, para evitar la alarma pública. Sin embargo, se estableció de inmediato que se llevaría a cabo una reunión urgente ese mismo día para comenzar a definir la estrategia de respuesta.

En aquel momento, se estableció el EXCOMM, un grupo reducido del CSN, formado específicamente para abordar y tomar decisiones respecto a la amenaza de los misiles y explorar alternativas para su eliminación. Los integrantes permanentes del EXCOMM durante la crisis de los misiles incluyeron figuras previamente mencionadas como John Kennedy, Dean Rusk, Robert McNamara, Bobby Kennedy, McGeorge Bundy, y el general Maxwell D. Taylor, además del vicepresidente Lyndon Johnson; el secretario del Tesoro, Douglas Dillon; el director de la CIA, John McCone; el embajador

en misión especial, Llewellyn Thompson; y el consejero especial, Theodore Sorensen. Adicionalmente, figuras destacadas como Adlai Stevenson, embajador de EE. UU. en la ONU, y el ex-secretario de estado Dean Acheson, participaron en ciertas reuniones como miembros no permanentes (Coleman, 2014; Weaver, 2014).

Entre los integrantes de este grupo, destaca que únicamente un miembro del JCS, el general Taylor, fue parte de él, lo que refleja la escasa confianza de Kennedy en los otros líderes militares del ejército, la marina o la fuerza aérea. El estado mayor solía reunirse por separado y solo asistía a las reuniones cuando el presidente los convocaba específicamente. En caso contrario, Taylor actuaba como su representante, transmitiendo las opiniones del estado mayor a los demás miembros del EXCOMM durante las reuniones.

Se consideraron inicialmente distintas estrategias: una incluía realizar un ataque aéreo contra objetivos específicos para destruir los misiles ya identificados, mientras que otra opción era ejecutar un ataque aéreo de manera más general. Había incertidumbre sobre si el ataque aéreo debería ser una sorpresa o si, por el contrario, sería mejor notificar de antemano tanto a los aliados como a Jrushchov; en el caso de decidir informar al líder soviético, no estaba claro el modo adecuado de hacerlo. Además, estas medidas podrían ser seguidas de un bloqueo naval y, de ser necesario, una invasión a Cuba. Como alternativa, se evaluó la opción de no emprender acciones militares preventivas, optando en su lugar por intentar resolver el conflicto mediante la presión diplomática.

A primera vista, podría parecer que las estrategias militar y diplomática eran mutuamente excluyentes, pero en realidad se complementaban. Como argumentan tanto Weaver (2014) como Trachtenberg (1985), por un lado, el temor a la respuesta del contrario servía de incentivo para buscar soluciones diplomáticas, especialmente en el contexto de la Guerra Fría, donde ambas superpotencias poseían el arsenal necesario para destruirse mutuamente. Por otro lado, la opción de emprender acciones militares requería de una planificación cuidadosa sobre los pasos a seguir post-intervención, incluyendo, entre otras razones, la justificación ante la comunidad internacional de las razones que motivaron tal actuación.

Ante la posibilidad de iniciar acciones militares, Kennedy y varios de sus asesores civiles estaban profundamente preocupados por las posibles represalias de la URSS, especialmente contra objetivos en Europa como Alemania Occidental o en Turquía, que

consideraban los verdaderos blancos de Jrushchov. La distinta percepción de las cabezas nucleares para los consejeros civiles, que las veían como medios para impactar en la esfera política, y los militares, que las consideraban solamente como armamentos que suponían una amenaza directa, ofrece una clave para entender los diferentes enfoques y propuestas de acción sugeridos por cada grupo. Los consejeros civiles reconocían la eficacia de las operaciones militares, pero estaban igualmente alertas a las repercusiones políticas que estas podrían tener más allá del objetivo inmediato, las cuales, sin las precauciones adecuadas, podrían ser irreparables e incluso escalar el conflicto a nivel político. Por ejemplo, aunque un ataque sorpresa podía ofrecer ventajas tácticas, los asesores civiles consideraban que no era el mejor enfoque, dada la necesidad de seguir contando con el respaldo de sus aliados, por lo que era imprescindible consultarlos antes (Dallek, 2018; Poole, 2011; Weaver, 2014).

De acuerdo con Rusk, EE. UU. debería evitar cualquier acción unilateral porque según sus propias palabras, “cualquier acción que tomemos, aumentará enormemente los riesgos de acción directa” (Office of the Historian, s.f.). El secretario de estado consideraba que simplemente notificar a los aliados después de haber iniciado una acción militar sería un grave error. En la misma línea, Charles E. Bohlen, exembajador de EE. UU. en la URSS en aquel momento, enfatizaba la importancia que tenían las acciones diplomáticas para justificar su posición ante la comunidad internacional. El presidente Kennedy reconoció la necesidad de consultar con sus aliados de la OTAN o de la Organización de los Estados Americanos (OEA) antes de proceder con cualquier intervención militar (Poole, 2011; Weaver, 2014).

Por otro lado, la necesidad de actuar rápidamente era evidente entre los altos rangos del JCS, quienes insistían en que la efectividad de un ataque aéreo sería mayor antes de que los misiles estuvieran operativos. En una de las reuniones del JCS, se analizaron hasta cinco enfoques distintos, que abarcaban desde gestiones políticas preliminares para informar a aliados en América Latina y Europa, hasta medidas más directas como el ataque aéreo, seguido del bloqueo naval, la invasión, y hasta la posibilidad de declarar formalmente la guerra. La demora del jefe del ejecutivo en autorizar operaciones militares generaba una intensa frustración en líderes como el almirante Anderson y el general LeMay. No obstante, incluso dentro del estado mayor prevalecía la conciencia de que la información existente no bastaba para precisar la ubicación de todos los misiles. El general Taylor estimaba que, en el mejor de los casos,

el primer ataque lograría destruir el 90%, pero serían necesarios varios días y múltiples operaciones para eliminarlos completamente. Dado el peligro de no destruir todos los misiles operativos en la primera oleada de ataques, y teniendo en cuenta su potencial para alcanzar EE. UU., así como las posibles represalias por parte de la URSS, se realizó un minucioso análisis sobre la factibilidad de un ataque aéreo. Aunque inicialmente Kennedy no autorizó el ataque, sí permitió que aviones espía U-2 continuaran sobrevolando Cuba sin restricciones para seguir obteniendo información que resultara crucial. Además, ordenó que se desarrollaran respuestas militares más elaboradas, por ejemplo, mandó al general Taylor la planificación del posible bloqueo naval, tarea que este delegó en el almirante Anderson (Dallek, 2018; Medland, 1990; Poole, 2011; Weaver, 2014).

Tras diversas reuniones del EXCOMM, como indican Poole (2011) y Dobbs (2012), se formaron dos grupos dentro de la administración Kennedy en torno a la opción del bloqueo o el ataque aéreo. Los partidarios del bloqueo, conocidos como los *doves* o *blues*, incluían a McNamara, Rusk, Bohlen, Stevenson y Sorensen. Por otra parte, los defensores del ataque aéreo, llamados los *hawks* o *reds*, contaban entre sus filas a Bundy, Acheson, Dillon, McCone, Taylor, el JCS y, en un principio, RFK.

Los *doves* o *blues* apoyaban la estrategia de “bloqueo de la ruta”, sugerida por McNamara, con el fin de detener la llegada de nuevos suministros soviéticos a Cuba y eventualmente eliminarlos. Después del bloqueo, el objetivo sería negociar la retirada de los misiles soviéticos en la isla, mostrándose EE. UU. abierto a desmantelar sus propios misiles Júpiter situados en Turquía y a limitar de forma temporal sus operaciones en Guantánamo. McNamara consideraba ineficaz el enfoque agresivo de los *hawks*, argumentando que un ultimátum a Jrushchov, sobre realizar un ataque aéreo si no retirar los misiles, suponía un alto riesgo de escalar la situación hacia un conflicto bélico. En su lugar, consideraba mejor estrategia informar a Jrushchov del conocimiento sobre los misiles por parte de EE. UU. y advertir sobre una respuesta estadounidense ante su eventual uso, colocando a EE. UU. en una posición defensiva y evitando la etiqueta de agresor. A pesar de ello, reconocían la necesidad de estar preparados para un escenario militar. Por último, tras las conclusiones extraídas de una investigación de la CIA, estimaba que la URSS no cruzaría el bloqueo, minimizando la posibilidad de un enfrentamiento armado directo. Otros miembros de los *blues*, como Rusk, sostenían que esta estrategia mermaría significativamente la amenaza de Cuba, porque podría prevenir la puesta en marcha de los misiles ya presentes en la isla, dada la incertidumbre sobre si

en ese momento contaban o no con los recursos necesarios para activarlos (Barbé, 1983; JFK Library, 2023).

Taylor, representando a los *hawks* y al JCS, sostenía que la estrategia de bloqueo propuesta por McNamara era inadecuada por varias razones. En primer lugar, Taylor sostenía que no se debía permitir a los soviéticos la oportunidad de atacar primero, argumentando que EE. UU. debería tomar la iniciativa, ya que creía que Jrushchov se abstendría de responder con un ataque nuclear. En segundo lugar, veía como una amenaza a largo plazo la presencia de los misiles ya instalados en Cuba, considerando esencial su destrucción inmediata para evitar que fueran camuflados y se volvieran indetectables. Además, Taylor argumentaba que un bloqueo naval no evitaría que los soviéticos siguieran enviando suministros a Cuba por aire, y que establecer un bloqueo aéreo sería sumamente complicado (JFK Library, 2023).

Los defensores de la opción de un ataque aéreo, los *hawks*, argumentaban que era necesario no solo destruir los misiles sino también los bombarderos medios IL-28 que habían sido avistados en las bases aéreas de Cuba. La visibilidad de estos bombarderos llevó a Taylor a concluir que los soviéticos no anticipaban un ataque aéreo y, por tanto, no estarían listos para responder. Propusieron un “periodo de gracia”, sugiriendo un aviso de veinticuatro horas antes del ataque para enfocarse exclusivamente en la destrucción de los misiles y minimizar las bajas civiles. Es importante señalar que, aunque esta estrategia era apoyada y la preferida por el JCS, no fue Taylor quien la lideró, sino Bundy, un miembro civil de la administración Kennedy con un perfil académico. Bundy también señaló que el bloqueo, recomendado por los *doves*, podría tener el efecto secundario de fortalecer la alianza entre Jrushchov y Castro (Brenner, 1990; JFK Library, 2023).

Los opositores a la opción del ataque aéreo dudaban de la capacidad de la fuerza aérea para eliminar la totalidad de los misiles. McNamara, quien era menos optimista que Taylor, creía que solo sería posible destruir dos tercios del arsenal soviético, lo que generaba el temor ante una posible respuesta soviética utilizando los misiles restantes tras el primer ataque. También sospechaba que la alta visibilidad de los bombarderos IL-28 era deliberada, por lo que la interpretaba como una posible provocación soviética. A parte, consideraba que, aunque se avisara a Jrushchov previamente sobre el ataque, seguía existiendo la posibilidad de que los ataques aéreos causaran bajas soviéticas, lo que le daría a Jrushchov un pretexto para tomar represalias, que podría escalar el conflicto a una

guerra total. Rusk también expresaba su preocupación por la escalada hacia un conflicto armado y argumentaba que un ataque no podría justificarse bajo el derecho internacional, lo que pondría a EE. UU. en una posición comprometedora ante sus aliados y enemigos (JFK Library, 2023).

La postura del presidente Kennedy en el debate entre los *doves* y los *hawks* era complicada y evitaba alinearse con alguno de los dos grupos. Aunque inicialmente parecía estar dispuesto a autorizar un ataque aéreo, según lo sugerido por McCone (1962), al indicar que “el Presidente parecía inclinado a actuar con prontitud, si acaso, sin previo aviso, apuntando a MRBM's y posibles aeródromos”. Sin embargo, no llegaba a autorizar definitivamente la operación, lo que llevaba a la frustración del alto mando militar, como hemos mencionado anteriormente.

En realidad, ni el presidente ni su hermano y mano derecha, Bobby Kennedy, estaban plenamente convencidos de la viabilidad del ataque aéreo, aunque inicialmente no lo expresaron abiertamente para no proyectar una imagen de debilidad. Esto llevó a RFK a alinearse inicialmente con los *reds*, aunque pronto mostró su inclinación hacia la idea del bloqueo. El fiscal general expresaba internamente su profunda preocupación ante la posibilidad de numerosas bajas civiles y el negativo impacto en la percepción internacional hacia EE. UU. que esto conllevaría. Además, en conversaciones privadas entre ambos hermanos o con asesores de confianza, los Kennedy advirtieron que una acción de tal magnitud podría ser vista como un “Pearl Harbor al revés”. Por ello, consideraban crucial brindarle a Jrushchov alguna forma de salida para evitar ese escenario. RFK mencionó que, en ese contexto, podía entender los sentimientos que Tojo experimentó al planear el ataque a Hawái (Dallek, 2018; Dobbs 2012).

Dada la creciente tensión y la difícil situación a que se enfrentaba la administración, especialmente después de que el general LeMay, insinuara al presidente que podría revelar a los medios, el hallazgo de los misiles si no tomaba medidas, Kennedy se vio forzado a interrumpir su agenda presidencial, a pesar de sus esfuerzos por mantener una apariencia de calma para evitar el pánico colectivo. JFK y su equipo decidieron simular que el presidente padecía una gripe que le obligaba a anular su asistencia a eventos destinados a apoyar a congresistas demócratas en Chicago. Esto le permitió volver a Washington para proseguir con las consultas sobre cómo enfrentar la crisis y mantener la situación bajo control (JFK Library, s. f.-b).

Kennedy buscaba equilibrar el uso de la fuerza militar con la diplomacia para lograr resultados efectivos. Era necesario prepararse para un posible ataque convencional a Cuba, con el objetivo de disuadir a los soviéticos de escalar el conflicto mediante el uso de misiles situados en la isla, ante la amenaza de una respuesta nuclear de EE. UU. La negociación con los soviéticos era fundamental, particularmente sobre la posibilidad de intercambiar los misiles Júpiter en Turquía por los de Cuba, una propuesta ya sugerida. Kennedy aclaró que para que este intercambio progresara, Jrushchov debía liderar la iniciativa; EE. UU. no sería el primero en proponerla, para evitar la percepción de que estaban sacrificando a sus aliados en favor de sus intereses. Además, era crucial persuadir a líderes internacionales de la legitimidad de la postura estadounidense, argumentando que la instalación de armamento soviético en Cuba había sido la verdadera causa de la desestabilización del equilibrio de poder, y no acciones impulsivas por parte de EE. UU.

Finalmente, el 20 de octubre, en la reunión 505 del Consejo de Seguridad Nacional, se determinó que lo más apropiado sería establecer un bloqueo naval a la mayor brevedad posible.

5.2 Las diferencias tras optar por la implementación de la cuarentena naval

Tras tomar tal decisión el quinto día de la crisis, comenzó a cobrar relevancia tanto las negociaciones internas sobre cuáles serían los siguientes pasos como las conversaciones con socios internacionales y la URSS. Sin embargo, este análisis se centrará en las diferencias internas dentro de la administración, siguiendo con el objetivo de este estudio de explorar los diversos enfoques (militar y diplomático) considerados para manejar la crisis y su interrelación.

Como hemos mencionado anteriormente, se decidió que se implementaría un bloqueo naval, pero se denominaría “cuarentena naval”, para así evitar las implicaciones agresivas asociadas con el término bloqueo. Como indica Barbé (1983), esta medida, aunque impedía el acceso a cualquier buque soviético que se dirigiera a Cuba cargado con armamento, permitía el paso a embarcaciones que llevaran otro tipo de mercancías. No obstante, esta estrategia presentaba inconvenientes, tales como un mayor tiempo requerido para lograr la eliminación de los misiles presentes en la isla, posibles tensiones internas derivadas de su adopción, y el riesgo de proyectar una imagen de debilidad de

EE. UU. (JFK Library, 2023).

Rusk, quien era un firme defensor del derecho internacional, sugirió que la justificación de la cuarentena ante la comunidad internacional se basara en el Tratado de Río. Este acuerdo entre los países miembros de la OEA establecía que se brindaría apoyo a cualquier estado miembro que sufriera un ataque (armado). Así, EE. UU. presentó el caso argumentando que la URSS, a través de Cuba, representaba una amenaza para EE. UU. y para cualquier miembro de la OEA que pudiera verse afectado por estos misiles, a pesar de que no se había producido un ataque físico aún (Clingendael Institute, 2004).

Por otra parte, la inquietud del estado mayor conjunto era intensa, preocupados porque si la cuarentena no lograba su objetivo rápidamente, las probabilidades de éxito de un ataque aéreo disminuirían significativamente. Creían que, mientras los diplomáticos podrían estar en negociaciones durante años, sostener una operación militar de gran escala no era viable a largo plazo. Además, argumentaban que aplazar el ataque aéreo reduciría sus posibilidades de éxito, ya que se tendría que enfrentar a posibles malfuncionamientos y fallos en los aviones, no podían permanecer inactivos durante semanas, además de que la disponibilidad de pilotos capacitados también disminuiría. Esta demora también ofrecía a los soviéticos la oportunidad de activar sus misiles, eliminando cualquier posibilidad de victoria. Por lo tanto, veían que combinar diplomacia y acción militar solo sería viable por un tiempo limitado (Weaver, 2014).

A partir de esto, podemos concluir que los jefes del JCS no quedaron satisfechos con la decisión tomada. Consciente de su descontento, Kennedy expresó a Taylor su esperanza de que, a pesar de las diferencias, continuaran brindándole su apoyo. Taylor le aseguró que tanto él como el alto mando militar seguirían respaldando al presidente, incluso sin estar de acuerdo con la resolución.

Si bien Kennedy podía sentirse aliviado por contar con el apoyo del JCS, enfrentaba aún la tarea esencial de informar al público sobre el descubrimiento de los misiles. Esta acción también buscaba evitar filtraciones no autorizadas a la prensa, una posibilidad que incluso LeMay había insinuado como forma de presión. Se resolvió que el propio presidente comunicaría este hallazgo a la nación el 22 de octubre, mediante un discurso televisado. Además, Kennedy utilizó la oportunidad para anunciar que la cuarentena naval entraría en vigor al día siguiente y advirtió a la URSS sobre las severas consecuencias de persistir con su postura ofensiva en Cuba. Es importante mencionar que

ninguna de esta información sorprendió a la URSS, pues ya estaban al tanto del contenido del discurso varias horas antes de que el presidente lo pronunciara (Poole, 2011; Weaver, 2014).

Si la URSS optara por lanzar algún ataque contra EE. UU. o alguno de sus aliados, o intentara traspasar el bloqueo naval establecido, alguna de las consecuencias directas a las que se enfrentaría sería una serie de ataques aéreos y a una potencial invasión de la isla, ante lo cual se iniciaron preparativos.

Las tensiones entre los miembros de la administración se intensificaron durante la planificación de estas operaciones. No se trataba solo de JFK enfrentando a los altos mandos del estado mayor conjunto, sino que también surgieron discrepancias entre otros miembros, como entre McNamara y el almirante Anderson. Ambos se encontraban estudiando el comportamiento de un submarino soviético cuando el secretario de defensa criticó la actitud de Anderson, a quién catalogó como arrogante y prepotente. Este incidente surgió a raíz de la frustración de este último por las constantes preguntas de McNamara. El almirante le sugirió que regresara a su despacho y dejara que la marina gestionara la operación, argumentando que habían estado llevando a cabo tales operaciones desde los tiempos de John Paul Jones, un conocido marino del siglo XVIII. Después de este enfrentamiento, McNamara admitió haber perdido toda confianza en el jefe de operaciones navales (Poole, 2011). Este altercado nos muestra cómo tanto los altos mandos militares como los consejeros civiles no confiaban de la opinión del otro, ya que consideraban que interferían en su trabajo.

En los días siguientes, los soviéticos intensificaron la presión al acercarse progresivamente a la línea de cuarentena establecida, lo que obligó a Washington a elevar el nivel de alerta a DEFCON 2 (que indicaba la preparación inmediata para la guerra) para la fuerza aérea, y a DEFCON 3 para las demás fuerzas armadas. Esto, a su vez, aceleró los preparativos para una potencial respuesta militar. (Brenner, 1990). Entre las estrategias propuestas se encontraban los planes OPLAN 312 y OPLAN 316, el recomendado por el JCS. El primero preveía inicialmente una serie de ataques aéreos que darían paso al segundo, enfocado en una invasión terrestre de la isla. Aunque inicialmente se consideró que cinco días serían suficientes desde el comienzo de los ataques aéreos hasta la invasión, posteriormente se decidió extender este período a siete días. Este periodo de tiempo estaba destinado a facilitar la coordinación y ejecución de un

desembarco simultáneo en la isla por parte de fuerzas de marines y unidades paracaidistas (Poole, 2011).

Paralelamente a las propuestas de intensificar la acción militar, continuaban las medidas diplomáticas mediante las negociaciones con Jrushchov a través de diversos medios como cartas, telegramas o mediante figuras clave como Anatoli Dobrynin. Al mismo tiempo, se gestionaba la situación en foros internacionales como el consejo de la OEA, donde se reafirmó el compromiso de EE. UU. con la estabilidad regional, y en la ONU, donde además de exponer el hallazgo de los misiles a la comunidad internacional, se condenó a la URSS por haber mentido sobre la instalación de las bases de misiles. Fue Adlai Stevenson el encargado de rebatir al representante soviético en la ONU, Valerian Zorin, quien negaba las acusaciones de este. Asimismo, Stevenson tenía como objetivo justificar ante el mundo la posible respuesta militar que EE. UU. estaba planeando (Willard Wirtz, 2000).

La ya alta tensión escaló aún más con el derribo de un avión U-2 de reconocimiento por parte de los soviéticos, incidente que resultó en la muerte de un piloto estadounidense. EE. UU. tuvo la opción de utilizar este suceso para dar luz verde al OPLAN 312 y al OPLAN 316, tal como lo deseaban los altos mandos militares. Otros miembros del EXCOMM, como McNamara, se resignaron a aceptar la inevitabilidad de los ataques, convenciéndose de que la invasión era ineludible. Sin embargo, optaron por continuar el diálogo mediante Stevenson, quien advirtió claramente que el derribo de otro avión forzaría a EE. UU. a iniciar un ataque directo. Sin embargo, junto al diálogo, ordenaron que prosiguiera la movilización de las tropas en Florida, con el objetivo de proyectar una imagen de firmeza y usarlo como estrategia de presión para motivar a los soviéticos a buscar una solución a la crisis mediante las negociaciones que estaban llevando a cabo y que sugerían la retirada de los misiles de Turquía por los de Cuba (Brenner, 1990).

Esta estrategia era prioritaria para varios miembros del EXCOMM, incluidos Rusk, los hermanos Kennedy y también McNamara. Aunque todos consideraban bastante probable la necesidad de ejecutar un ataque directo, se esforzarían por agotar hasta el último recurso de las otras opciones disponibles, buscando evitar dicho ataque en la medida de lo posible. En las cartas de Jrushchov se podía entrever las intenciones del mandatario, por ejemplo, en la mandada el día 26 de octubre, el primer ministro soviético

le expresaba a Kennedy su “disposición de retirar de Cuba los medios que consideraran ofensivos [...] Estados Unidos, por su parte, considerando el malestar y la ansiedad del estado Soviético, retirarán sus medios análogos de Turquía”. (Jrushchov, 1962). Kennedy, quien había contemplado esta solución desde los inicios de la crisis, determinó que esta era la mejor opción para prevenir una escalada militar y asegurar que este intercambio se realizara lejos de la opinión pública.

A pesar de que la mayoría de los miembros del EXCOMM se oponían al intercambio, el presidente, que en ese momento no buscaba un acuerdo unánime entre sus asesores, estaba listo para negociar la retirada de los misiles Júpiter. Por ello, solamente habiendo avisado a unos cuantos asesores de confianza como Rusk, McNamara o Bundy, envió a su principal consejero y hermano, Bobby, a negociar con Dobrynin en la tarde del 27 de octubre. El propósito era comunicar la disposición de EE. UU. a desmantelar los misiles en Turquía, aunque no se aceptarían todas las condiciones previamente propuestas por Jrushchov. Por ejemplo, el retiro no sería inmediato, para evitar dar la impresión a los aliados de EE. UU. de que estaban siendo abandonados. Pious (2001) indica que, a pesar de que el jefe del ejecutivo habría aceptado una negociación pública como último recurso para prevenir un enfrentamiento bélico, no perdería la oportunidad de manejarlo como un asunto privado para salvaguardar la imagen internacional de EE. UU. En dicha reunión, y ante la desconfianza mutua, también se pactó que ambas partes enviarían representantes de confianza para verificar que cada uno cumplía con el acuerdo de desmantelar sus misiles. Finalmente, Dobrynin también exigió el compromiso por parte de EE. UU. de no invadir Cuba (Weaver, 2014).

La declaración de Jrushchov en la radio, al día siguiente, ordenando la retirada de los misiles nucleares soviéticos en Cuba marcó el fin de la crisis. No obstante, dentro de la administración Kennedy, hubo quienes dudaron de que la situación estuviera verdaderamente resuelta. Ni el presidente estadounidense veía que se había finalizado el conflicto con Cuba, pero sí que se podía dar por finalizado la tensión por el momento y dar por finalizada la crisis. En sus propias palabras le expresó al expresidente Eisenhower, “no creo que la historia de Cuba haya terminado todavía. Creo que conservaremos suficiente libertad para proteger nuestros intereses [...]”. (Kennedy, J. F. comunicación personal, 28 de octubre de 1962). Desde la perspectiva del alto mando militar, Weaver (2014) señala que las reacciones ante la resolución de la crisis fueron negativas. Anderson estaba convencido de que los soviéticos los habían engañado, mientras que LeMay

expresó a JFK que consideraba el desenlace “la mayor derrota en la historia de EE. UU.”, y continuó instándole a ordenar una invasión inmediata de Cuba. Ante tales declaraciones, Kennedy simplemente respondió que “los militares habían enloquecido”. La relación entre las esferas militar y civil se deterioró significativamente, resultando en un incremento de la desconfianza mutua.

6. Conclusiones

Después de revisar los antecedentes y examinar las figuras clave del gabinete de Kennedy, así como el proceso y las discrepancias en la toma de decisiones durante la crisis de los misiles, presentaremos seguidamente las conclusiones derivadas de nuestra investigación.

La primera conclusión que obtenemos es que no hay una relación directa entre la carrera militar y el apoyo a intervenciones armadas, ni entre la trayectoria civil y la preferencia por soluciones diplomáticas. La toma de decisiones durante la crisis de los trece días estuvo a cargo de un reducido grupo de personas cuyas experiencias personales y profesionales influyeron, pero no determinaron su elección sobre las políticas a seguir. No eran solo los militares que formaban parte del gabinete de gobierno quienes apoyaban la intervención armada; sino que figuras civiles como Bundy, quien lideró a los partidarios de la acción militar, los *hawks*, también se inclinaban por esta opción. Por otro lado, no podemos olvidar que el propio Kennedy contaba con experiencia militar, ya que formó parte de la marina durante la Segunda Guerra Mundial, y aun así optó por una solución diplomática. Esto demuestra que la complejidad de las decisiones políticas, emergen de una intersección de influencias personales, políticas y estratégicas. Incluso entre individuos con antecedentes similares o dentro de la misma esfera profesional, las respuestas a crisis internacionales pueden variar significativamente, revelando una realidad mucho más matizada y menos predecible de lo que generalizaciones simplistas podrían sugerir.

Otro de los hallazgos más significativos de este análisis es la importancia de lograr una convergencia efectiva entre las capacidades militares y las estrategias diplomáticas. A primera vista, la diplomacia podría parecer siempre la mejor opción para no provocar bajas civiles. Sin embargo, la experiencia de la Guerra Fría ha demostrado que es crucial

considerar también las acciones militares, como un ataque aéreo. Aunque esta medida puede ser percibida como arriesgada debido a las represalias por parte de un adversario igualmente capaz, un balance apropiado entre fuerza militar y diplomacia es crucial. Este balance permite que las acciones diplomáticas sean no solo viables sino también efectivas, creando un marco donde ambas tácticas pueden coexistir y reforzarse mutuamente, aumentando así las posibilidades de éxito en la resolución de conflictos internacionales. La habilidad para integrar estos dos elementos críticos de la política exterior es fundamental para desarrollar estrategias que promuevan la estabilidad y prevengan escaladas de tensión innecesarias. El uso estratégico de la fuerza, o más precisamente, la amenaza creíble de su uso, jugó un papel clave en la resolución pacífica de la crisis, demostrando que la advertencia de fuerza, si es necesario, puede ser un componente vital en las negociaciones diplomáticas.

También, otro aspecto crucial es que, para lograr una resolución pacífica, es esencial que las partes involucradas no tengan diferencias irreconciliables y compartan objetivos comunes. En el contexto de la crisis de los misiles, aunque enfrentadas, ambas superpotencias coincidían en su deseo de evitar una guerra nuclear. Esta meta común fue decisiva para solucionar la crisis, ya que proporcionó una base sólida para iniciar negociaciones. La definición de objetivos compartidos no solo facilita el comienzo de diálogos, sino que también fomenta la búsqueda de nuevas soluciones y establecer compromisos, que serían difíciles de lograr si las partes tuvieran intereses completamente opuestos. En la crisis de los misiles, por ejemplo, los compromisos incluyeron la promesa pública de EE. UU. de no invadir Cuba y el acuerdo privado de retirar los misiles estadounidenses de Turquía.

Además, es vital considerar soluciones que eviten la humillación del adversario y que permita a ambas partes “salvaguardar su dignidad”, lo cual es esencial para fomentar la confianza y asegurar el cumplimiento de los compromisos acordados. En el delicado escenario de la crisis de los misiles, ambos líderes, Kennedy y Jrushchov, buscaron ofrecer al otro una salida que evitara cualquier forma de humillación. Kennedy, quien había llevado la disputa a la ONU y había señalado a la URSS como el agresor, había sugerido a Jrushchov que estaría dispuesto a retirar los misiles de Turquía si los soviéticos hacían lo propio en Cuba; no obstante, este intercambio debía mantenerse en privado, ya que EE. UU. no podía dar la imagen de que abandonaba a sus aliados. El líder soviético, comprendiendo las presiones políticas internas que enfrentaba Kennedy para proteger

tanto su propia reputación como la de su país, no exigió una retirada inmediata y visible de los misiles. En su lugar, solicitó que Kennedy hiciera pública únicamente la promesa de no invadir Cuba. Este gesto no solo ayudaría a evitar la percepción de la URSS como el agresor inicial, sino que también reforzaría la imagen de la Unión Soviética como protectora de sus aliados ante una posible agresión americana. A pesar de que Jrushchov podría haber emergido como el “vencedor” del conflicto, conscientemente decidió no proclamarse así ante el mundo. Su decisión reflejaba una estrategia prudente y calculada para no poner en peligro el frágil acuerdo alcanzado, que resultaba beneficioso para las dos naciones. Ambos líderes optaron, por lo tanto, por una resolución efectiva y discreta del conflicto, una que no solo resolvía la crisis inmediata, sino que también ponía las bases para una coexistencia más pacífica y estable en el futuro cercano.

Uno de los hallazgos clave de este trabajo es que Kennedy no optó por imponer su criterio de manera unilateral durante la gestión de la crisis. En lugar de ello, eligió colaborar con un grupo selecto de asesores, incluyendo tanto a civiles como a militares, con el objetivo de recabar la mayor y mejor información posible que le permitiera tomar la decisión más acertada. Aunque no impusiera su voluntad, fue fiel a lo que él realmente consideraba la mejor forma de abordar el conflicto, que era agotar todas las opciones diplomáticas, para así no perder las alianzas internacionales, antes de recurrir a acciones militares irreversibles que pudieran desembocar en un conflicto mayor. Durante los críticos primeros días, adoptó una postura pragmática, resistiendo las presiones internas a favor de un ataque preventivo, pero sin enemistarse con quienes apoyaban esta medida. Muchos asesores desconocían su postura real, creyendo que se inclinaría por un ataque aéreo, pues Kennedy solo compartió sus verdaderas intenciones con un círculo íntimo, que incluía a su hermano Bobby. Dada su mala relación y desconfianza hacia las altas esferas militares, JFK era muy escéptico hacia sus propuestas, ya que consideraba que algunos de los jefes del JCS como Anderson o LeMay, no pensaban objetivamente y sobreestimaban la capacidad de las fuerzas americanas al mismo tiempo que desestimaban la potencial respuesta soviética a un primer ataque; no obstante, aunque los líderes militares no pensaban lo mismo, Kennedy escuchaba activamente sus planes de ataque y valoraciones de la crisis. Esto lo hacía con el objetivo de añadir una capa más de profundidad a su decisión, planteándose no solo las consecuencias políticas que estas tendrían sino las militares.

Los jefes del JCS no se sentían escuchados por Kennedy porque este excluyó de

las reuniones del EXCOMM a aquellos en quienes no confiaba plenamente, ya que era consciente del peligro de que las primeras informaciones se filtraran a la prensa y provocaran pánico entre el público. El presidente americano optó por reunirse en privado con los altos mandos militares, a excepción de Taylor, que sí formaba parte del este reducido consejo de seguridad nacional. Esta precaución se justificó cuando algunos jefes del JCS intentaron usar la opinión pública como una forma de presionarlo para que optara por una intervención militar. Kennedy manejó esta presión hábilmente y no dio declaraciones hasta que consideró oportuno hacerlo personalmente, puesto que entendía la necesidad de presentar una imagen de fortaleza y un plan de acción claro ante el público. Además, conocía la importancia de las palabras por lo que optó por informar de antemano al líder de la URSS y a algunos líderes aliados sobre el contenido de su discurso, con el objetivo de prevenir sorpresas y evitar reacciones exageradas o irracionales por parte de Jrushchov.

Tras la crisis, las relaciones entre el presidente Kennedy y la alta cúpula militar estadounidense se deterioraron, a excepción de su relación con el general Taylor, presidente del JCS, a quien Kennedy elogió por su desempeño en la crisis. En contraste, sus interacciones con otros líderes del JCS se volvieron más tensas y empeoraron notablemente. Tanto Kennedy como los altos mandos expresaron su decepción mutua respecto a la gestión de la crisis de la otra parte. Varios miembros del JCS, quienes estaban poco interesados en la diplomacia y los peligros de una escalada nuclear, presionaron de manera agresiva a Kennedy para que este adoptara las soluciones militares más directas que ellos proponían, como hemos mencionado a lo largo de este trabajo. Sin embargo, Kennedy no se doblegó ante este tipo de presiones, que no solo se dirigían contra él sino también contra otros asesores civiles, como en el incidente entre McNamara y Anderson. Adicionalmente, figuras militares como el general LeMay hicieron comentarios extremadamente críticos, incluso inapropiados, llegando a afirmar que, si con un presupuesto de 50 billones de dólares no podían gestionar situaciones como la de Cuba, entonces todos deberían “irse a casa” o que esta había sido la mayor derrota de EE. UU.

Asimismo, estas tensiones se propagaron también entre los miembros del estado mayor conjunto, debido a las incertidumbres sobre si Taylor había representado fielmente las opiniones del resto en las reuniones del EXCOMM. Esta percepción se veía reforzada por la brevedad de los informes que el presidente del JCS proporcionaba a sus

compañeros militares tras dichas reuniones. A esto se suma que el general Taylor, a diferencia de otros altos mandos del JCS, parecía satisfecho con el modo en que Kennedy había resuelto la crisis, o al menos no manifestaba públicamente su descontento. Como se ha mencionado anteriormente, la relación entre Kennedy y Taylor se fortaleció tras la crisis, encontrando Kennedy en Taylor un aliado militar estratégico cuyo juicio y lealtad resultaron esenciales.

Por último, es importante enfatizar cómo la figura de John F. Kennedy sigue siendo una de las más ensalzadas y mitificadas. Por una parte, su gran carisma, sus escándalos, y su asesinato a la edad de 46 años, cuando aún era presidente, hizo que se convirtiera en un mito. Además, fue el primero que unió con éxito el mundo de la política con el de las celebridades, lo que explica por qué su período en la Casa Blanca continúa capturando la atención hasta el día de hoy. También es indiscutible que su manejo de la crisis de los misiles en 1962 es uno de los eventos más emblemáticos de su mandato. Aunque el éxito de esta gestión ha sido a menudo exagerado por la narrativa establecida en los años posteriores al conflicto, indudablemente marcó un punto de inflexión en el desarrollo de la Guerra Fría. Después de esta crisis, ambos líderes, conscientes de que el enfrentamiento en Cuba había sido solo una batalla y conscientes de que la confrontación global persistiría, acordaron la necesidad de establecer un canal de comunicación directo.

El liderazgo de JFK durante sus años como presidente es uno de los más venerados e idealizados en la historia contemporánea. No obstante, a pesar del éxito relativo de sus logros y fracasos durante su presidencia, es innegable que la figura de Kennedy sigue siendo una fuente de inspiración y un punto de referencia para las generaciones futuras.

7. Bibliografía

- Absher, K. M. (2009). Mind-sets and missiles: a first-hand account of the Cuban missile crisis. *Strategic Studies Institute, US Army War College*, 65–68.
- Alsop, S. y Bartlett (18 de diciembre de 1962). In time of crisis. *The Saturday Evening Post*.
- Álvarez Calzada, J. O. (2005). El imperativo nuclear en la estrategia de seguridad rusa. *CIDOB d'Afers Internacionals*, 70/71, 171–195.
- Aron, R. (1987). La Guerra Fría y la crisis de Cuba (1962). *Política Exterior*, 1(3), 175–190.
- Barbé, E. (1983). La crisis de los misiles de Cuba veinte años después. *Afers Internacionals*, 1, 5–18.
- Barnes, J. A. (2009). *John F. Kennedy su liderazgo: Las lecciones y el legado de un presidente*. Grupo Nelson.
- Brenner, P. (1990). Cuba and the Missile Crisis. *Journal of Latin American Studies*, 22(1), 115–142.
- Carland, J. M. (2021). Studies in the exercise of power: Secretaries of Defense and the Vietnam War, 1961–1973. *Army History*, (120), 32–44.
- Carter, J. R. (1998). *Airpower and the Cult of the Offensive*. Air University Press.
- Chandler, J. (2017). *Thank God for bobby: Robert Kennedy and the Cuban missile crisis* [Tesis de Doctorado, Air University].
<https://apps.dtic.mil/sti/pdfs/AD1047161.pdf>
- Clapson, M. (2019). *The Blitz Companion: Aerial Warfare, Civilians and the City since 1911*. University of Westminster Press. <https://doi.org/10.16997/book26>
- Clark, M. E. (1990). General Maxwell Taylor and His Successful Campaign Against the Strategy of Massive Retaliation. *Army History*, (16), 6–14.
- Clingendael Institute. (2004). *Conflict Prevention and Early Warning in the Political Practice of International Organizations*. Clingendael Institute.
- Coleman, D. (9 de septiembre de 2014). *NSC ExComm Meetings, 1962-1963*. Research. <https://historyinpieces.com/research/meetings-excomm-executive-committee-national-security-council>
- Crowl, P. A. (1975). John Foster Dulles: the policy behind the myth. *Naval War College Review*, 27(5), 8–17.
- Dallek, R. (2018). *J. F. Kennedy: una vida inacabada*. Península.

- Delage, F. (1997). Cincuenta años de la doctrina Truman. *Política Exterior*, 11(56), 155–174.
- Des Roches, A. M. (2015). *After October: An Examination of John F. Kennedy's Foreign Policy after the Cuban Missile Crisis* [Tesis de Maestría, University of Waterloo]. Repositorio Institucional - The University of Waterloo.
- Dobbs, M. (11 de octubre de 2012). *The original hawks and doves*. Foreign Policy. <https://foreignpolicy.com/2012/10/11/the-original-hawks-and-doves/>
- Dunne, J. P. y Sköns, E. (2010). The Military Industrial Complex. En A. Tan (Ed.), *The global arms trade: a Handbook* (276-288). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203851456>
- Eisenhower, D. D. (17 de enero de 1961). *President Dwight D. Eisenhower's Farewell Address (1961)*. Dwight D. Eisenhower Presidential Library. <https://www.archives.gov/milestone-documents/president-dwight-d-eisenhowers-farewell-address>
- Fursenko, A. y Naftali, T. (1998). *One hell of a gamble*. W W Norton and CO
- Hamilton, N. (1993). The Influence of Europe on the Young JFK. *New England Journal of Public Policy*, 9(1), 5-17.
- Hartung, W. D. (2001). Eisenhower's Warning the Military-Industrial Complex Forty Years Later. *World Policy Journal*, 18(1), 39–44.
- Historical Office. (s. f.). *Charles E. Wilson*. Historical Office: Office of the Secretary of Defense. <https://history.defense.gov/Multimedia/Biographies/Article-View/Article/571268/charles-e-wilson/>
- Holland, E. C. (1992). World War II: The Pacific Theater. En *Fighting with a Conscience: The Effects of an American Sense of Morality on the Evolution of Strategic Bombing Campaigns*, 23–29. Air University Press.
- Hoxie, R. G. (1983). Eisenhower and Presidential Leadership. *Presidential Studies Quarterly*, 13(4), 589–612.
- Huntington, S. P. (1963). Power, Expertise and the Military Profession. *Daedalus*, 92(4), 785–807.
- Janiewski, D. E. (2011). Eisenhower's Paradoxical Relationship with the "Military-Industrial Complex." *Presidential Studies Quarterly*, 41(4), 667–692.
- JFK Library. (s. f.-a). *Officials of the Kennedy Administration*. John F. Kennedy Presidential Library and Museum. <https://www.jfklibrary.org/learn/about-jfk/life-of-john-f-kennedy/fast-facts-john-f-kennedy/officials-of-the-kennedy->

[administration](#)

- JFK Library. (s. f.-b). *October 20, 1962 - Cuban Missile Crisis*. John F. Kennedy Presidential Library and Museum. <https://microsites.jfklibrary.org/cm/oct20/>
- JFK Library (28 de octubre de 2023). *National Security Files. Meetings and Memoranda. National Security Council meetings, 1962: No. 505, 20 October 1962*. John F. Kennedy Presidential Library and Museum. https://www.jfklibrary.org/asset-viewer/archives/jfknsf-313-038#?image_identifier=JFKNSF-313-038-p0023
- Jrushchov, N. (26 de octubre de 1962). [Carta del primer ministro Jrushchov al presidente Kennedy]. Copia recuperada de JFK Library. <https://microsites.jfklibrary.org/cm/oct27/>
- Jones, F. L. (2012). *The guerrilla warfare problem: revolutionary war and the Kennedy administration response, 1961-1963*. Strategic Studies Institute.
- Johnson, D., y Metz, S. (1995). *American civil-military relations: new issues, enduring problems*. Strategic Studies Institute.
- Kahan, J. H., y Long, A. K. (1972). The Cuban Missile Crisis: A Study of Its Strategic Context. *Political Science Quarterly*, 87(4), 564–590. <https://doi.org/10.2307/2148197>
- Kaysen, C. (1998). McGeorge Bundy (30 March 1919 - 16 September 1996). *Proceedings of the American Philosophical Society*, 142(3), 458–465.
- Kissinger, H. (1995). El comienzo de la Guerra Fría. *Política Exterior*, 9(44), 55–68.
- Kennedy, R. F. (1966). *Thirteen Days: A Memoir of the Cuban Missile Crisis*. W. W. Norton.
- LeCuyer, J. A. (2012). Legacy 1947-89 national security system. *A national security staff for the 21st century*, 1–20. Strategic Studies Institute, US Army War College.
- McAndrew, I. (1998). *We hold these truths to be self-evident: Kennedy, Nixon, and the issue of Cuban democracy in the American presidential campaign, 1960* [Tesis de Maestría, University of British Columbia]. Repositorio Institucional - The University of British Columbia. <https://doi.org/10.14288/1.0088646>
- McCone, J. (1962). McCone memorandum, “Brief discussion with the President”- 9:30 a.m. – 17 October 1962. En M. McAuliffe (Ed.), *CIA Documents on the Cuban Missile Crisis*, (p. 165).
- Medland, W. J. (1990). The Cuban Missile Crisis: Evolving Historical Perspectives. *The History Teacher*, 23(4), 433–447. <https://doi.org/10.2307/494397>
- Moore, D. L. (1966). The bay of pigs: an analysis. *Naval War College Review*, 19(3), 1-

- Naval History and Heritage Command. (15 de junio de 2016). *George Whelan Anderson, Jr.* Naval History And Heritage Command. <https://www.history.navy.mil/research/library/research-guides/modern-biographical-files-ndl/modern-bios-a/anderson-george-w.html>
- Nix, D. E. (2012). American civil-military relations: Samuel P. Huntington and the Political Dimensions of Military Professionalism. *Naval War College Review*, 65(2), 88–104.
- Office of the Historian. (s.f.). *Transcript of a Meeting at the White House (Washington, October 16, 1962, 11:50 a.m.)*. Foreign Service Institute United States Department of State. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1961-63v11/d18>
- Parmet, H. S. (1990). The Kennedy Myth and American Politics. *The History Teacher*, 24(1), 31–39. <https://doi.org/10.2307/494203>
- Pfiffner, J. P. (2005). Introduction: Presidential Decision Making: Rationality, Advisory Systems, and Personality. *Presidential Studies Quarterly*, 35(2), 217–228.
- Pious, R. M. (2001). The Cuban Missile Crisis and the Limits of Crisis Management. *Political Science Quarterly*, 116(1), 81–105. <https://doi.org/10.2307/2657821>
- Pollard, R. A. (1982). The Cuban Missile Crisis: Legacies and Lessons. *The Wilson Quarterly*, 6(4), 148–158.
- Poole, W. S. (2011). The Cuban Missile Crisis. En J. Shortal (Ed.), *History of the Joint Chiefs of Staff: The Joint Chiefs of Staff and National Policy 1961-1964* (Vol. 3, 159-186).
- Preston, A. (2001). The Little State Department: McGeorge Bundy and the National Security Council Staff, 1961-65. *Presidential Studies Quarterly*, 31(4), 635–659.
- Princeton University. (26 de Agosto de 2010). *Exhibition showcases JFK's brief time at Princeton*. Princeton University. <https://www.princeton.edu/news/2010/08/26/exhibition-showcases-jfks-brief-time-princeton>
- Renee Hackworth, S. (2013). *JFK: an assessment of the man and the image* [Tesis de Maestría, Georgetown University]. Repositorio Institucional - Georgetown University.
- Richardson, T. (2021). The Korean War. En P. Dean y T. Moss (Eds.), *Fighting Australia's Cold War: The Nexus of Strategy and Operations in a Multipolar Asia*,

- 1945–1965 (1° ed., 73–92). ANU Press.
- Ries, C. P. (2016). How Did the National Security System Evolve? *Improving Decisionmaking in a Turbulent World: Strategic Rethink*, 11–22. Rand Corporation.
- Rodríguez, R. y Targ, H. (2015). US Foreign Policy towards Cuba: Historical Roots, Traditional Explanations and Alternative Perspectives. *International Journal of Cuban Studies*, 7(1), 16–37. <https://doi.org/10.13169/intejcubastud.7.1.0016>
- Sandoval, É. R., y Soler i Lecha, E. (2007). Turquía y Europa: el espejo tiene dos caras. En M. R. Figueroa (Ed.), *El Islam y Occidente desde América Latina* (1° ed., 161–194). El Colegio de México. <https://doi.org/10.2307/j.ctv3f8p4d.8>
- Schlesinger, A. M. (1965). *A Thousand Days: John F. Kennedy in the White House*. The Companion Book Club.
- Schlesinger, A. M. (1978). *Robert Kennedy and his times*. Houghton Mifflin Harcourt.
- Scoblic, J. P. (2009). Looking back: Robert McNamara’s Logical Legacy. *Arms Control Today*, 39(7), 58–60.
- Schoenbaum, T. J. (1996). Dean Rusk and International Law. *Proceedings of the Annual Meeting (American Society of International Law)*, 90, 155–158.
- Shaw, J. T. (8 de mayo de 2020). JFK’s Analysis of Pre-World War II Britain Offers Parallels to Today’s Covid-19 Pandemic. *The Washington Diplomat*. <https://washdiplomat.com/jfks-analysis-of-pre-world-war-ii-britain-offers-parallels-to-todays-covid-19-pandemic/>
- Smith Thompson, R. (1992). *The Missiles of October: The Declassified story of John F. Kennedy and the Cuban Missile Crisis*. Simon and Schuster
- Sorensen, T. C. (1987). The President and the Secretary of State. *Foreign Affairs*, 66(2), 231–248 <https://doi.org/10.2307/20043371>
- Stephanson, A. (2014). Senator John F. Kennedy: Anti-Imperialism and Utopian Deficit. *Journal of American Studies*, 48(1), 1–24. <https://doi.org/10.1017/S0021875813002594>
- Stern, M. (1989). John F. Kennedy and Civil Rights: From Congress to the Presidency. *Presidential Studies Quarterly*, 19(4), 797–823.
- Stuart, D., y Marcella, G. (2008). Constructing the iron cage: the 1947 national security act. En *Affairs of state: the interagency and national security*, 53–96. Strategic Studies Institute, US Army War College. <http://www.jstor.org/stable/resrep11925.5>

- The Harvard Crimson. (s.f.). *Peace in our time*. The Harvard Crimson.
<https://www.thecrimson.com/article/1939/10/9/peace-in-our-time-pmilitant-democratic/>
- The Orwell Foundation (s.f.). *You and the atom bomb*.
<https://www.orwellfoundation.com/the-orwell-foundation/orwell/essays-and-other-works/you-and-the-atom-bomb/>
- Trachtenberg, M. (1985). The Influence of Nuclear Weapons in the Cuban Missile Crisis. *International Security*, 10(1), 137–163. <https://doi.org/10.2307/2538793>
- Vandenbroucke, L. S. (1984). Anatomy of a Failure: The Decision to Land at the Bay of Pigs. *Political Science Quarterly*, 99(3), 471–491.
<https://doi.org/10.2307/2149944>
- Weaver, M. E. (2014). The Relationship between Diplomacy and Military Force: An Example from the Cuban Missile Crisis. *Diplomatic History*, 38(1), 137–181.
- Willard Wirtz. (2000). The Politics of Integrity and Credibility. *Princeton University Library*, 61(3), 405–417. <https://doi.org/10.25290/prinunivlibrchro.61.3.0405>
- Witteried, P. F. (1972). A strategy of flexible response. *The US Army War College Quarterly: Parameters*, 2(1). <https://doi.org/10.55540/0031-1723.1051>